

## LOS OJOS DEL PUEBLO.

Por Sancho Zancas.

Eran las tres de la tarde, el sonido de la cigarra flotaba en el calor sofocante que distorsionaba los blancos muros de aquel lugar. Él, vestido de un luto escrupuloso, de traje y un desgastado sombrero de ala plana, se plantó bajo la sombra de los cipreses que anunciaban su llegada entre cuchicheos. Se retiró las gafas de cristal grueso que agrandaban sus ojos y se levantó el sombrero para pasarse la mano por la frente y retirar de ella el sudor y la grasa que daban brillo a su piel, descubriendo, así, un rostro enjuto de nariz aguileña y labios finos que le otorgaba un aspecto respetable, impositivo y que, sumado a su no corta estatura, resultaba incluso elegante y atractivo.

En aquel lugar no había nadie, aun así, se aseguró de corroborarlo con una disimulada mirada hacia los dos lados aprovechando el movimiento de recolocación del sombrero en su posición justa. Parecía nervioso, inquieto. Respiró hondo para tranquilizarse, entrecruzó sus manos y comenzó a rezar sigiloso. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre... Amén.

El diáfano silencio, huésped vitalicio de aquel lugar, fue deshecho tímidamente por el movimiento de su mano derecha entrando en el bolsillo interior de su chaqueta, de la que extrajo una rosa blanca que depositó con sumo cuidado, casi de rodillas, encima del marmóreo poliedro incrustado en la tierra. Volvió a su erguida posición y se quitó el sombrero para apretarlo contra su pecho con las dos manos. Amor, ¿cómo estás?, espero que bien, vengo a verte por lo de mañana, espero que lo veas con buenos ojos, yo solo quiero que estés de acuerdo con lo que voy a hacer, nada más, en caso contrario, mándame alguna señal, por favor te lo pido, quiero que sea justo para los dos.

Permaneció allí delante varios minutos hasta que oyó a su espalda la presencia de una mujer que cargaba con un caldero y varios aperos de limpieza en su misma dirección. Se volvió a colocar el sombrero, pero no se giró. La señora caminaba con paso dispuesto y decidido, demostrando cierta soberbia en sus movimientos. Vestía camiseta de manga corta negra y falda larga color roble. Desprendía un olor a roscos y pestiños que recordaba a Semana Santa.

- Anda que si levantara la cabeza... -expresó con tono altivo al pasar por su lado.
- Doña Encarna, encárguese de lo suyo, que ya tiene bastante con lo que le dejó Dios.

La mujer no respondió. Parece que aquel comentario le dolió, pero aparentaba ser un dolor al que estaba acostumbrada, un dolor que la iba a perseguir toda la vida y con el que no tenía más remedio que convivir. Siguió su paso hasta detenerse en un mausoleo familiar que se divisaba desde cualquier parte del cementerio. Se persignó y entró.

Volvió a quedarse solo: con su mujer y consigo mismo. Los nervios y la inquietud desaparecieron; sin embargo, la rabia corría a sus anchas. Despegó sus labios y comenzó a hablar un poco más alto. Valentía. Quizá era el aviso que necesitaba. Amor, te pido perdón, te amo. La esperada señal que él requería vino en forma de sentimiento. La rabia y el enfado que reflejaba hizo que el envalentonamiento lo llevara a estar más seguro de lo que iba a hacer al día siguiente: demostrar a un pueblo entero que se puede estar en contra de sus opiniones, de sus creencias, incluso de lo que uno mismo ha pensado y con lo que ha estado de acuerdo durante toda una vida. Tomó el camino de la disidencia.

El cementerio estaba a las afueras del pueblo, rodeado por una extensa vega de color verde que nos avisaba de la madurez del tabaco cultivado en su suelo. Un natural color verde que abrazaba el blanco de la necrópolis en perfecta armonía. Si no fuera por su aparente lúgubre misión, encontraríamos aquel lugar como un espacio un tanto arcádico. De su puerta principal de barrotes negros que se elevaban como gigantes dando la bienvenida al solemne lugar salía un camino de tierra y chinias, en perfecta línea recta, que conectaba con las primeras casas del pueblo.

Un paso corto y lento protagonizó su vuelta al hogar. La confrontación de sus sentimientos provocó que pensara en multitud de ideas, todas ellas de huida, de irse bien lejos de aquel pueblo. La valentía, fruto de la rabia anterior, se esfumó. Quería llorar, pero no podía; quería gritar, pero no podía; quería cagarse en Dios, pero tampoco podía. No podía. El no poder regía la vida de todos. Se sentía estancado, confuso.

Su casa, de planta rectangular, tenía una cancela granate que daba entrada a un portal de baldosas hidráulicas de motivos árabes que daban acceso a la puerta principal, flanqueada por dos aspidistras y cubierta por una cortina alpujarreña de vivos colores, regalo de su difunto hermano Javier. Entró y allí estaba ella, tan pizpireta como siempre. Radiaba felicidad, alegría y, sobre todo, juventud. Veintitrés años menor. Pelo castaño infinitamente largo, tez morena como la canela y estatura baja. Sus rasgos faciales eran delicados, transmisores de una dulzura sin parangón. Ojos pequeños sustentados por la sombra que parecían esconder los mayores tesoros inmersos en las profundidades del

alma, nariz menuda y grandes labios capaces de envolverte una y otra vez, de despertarte del sueño profundo del sufrimiento, semejante a Eros con Psique.

- Ya está la comida casi hecha. En nada comemos.

No saludó al entrar por la puerta. La única respuesta que obtuvo fue el trago de vino que se echó a la boca. Se fue directo a la despensa, en la parte derecha de la cocina, cogió una botella de vino empezada y, agarrándola por el cuello, bebió sin parar durante tres largos segundos.

- El señor la castigó con un hijo maricón –expuso tras dejar la botella en el estante blanco que ocupaba gran parte de la diminuta despensa–, lo tiene bien merecido, es una arpía, una metomentodo, una meapilas como un demonio. Qué más le dará mi vida.
- ¿Pero qué ha pasado? ¿De quién hablas? –preguntó mientras removía la olla que contenía una olorosa sopa de picadillo.
- De quién voy a hablar, de la Encarna.
- Ay, hombre, ya hemos hablado que tenemos que hacer oídos sordos de todo lo que digan aquí.
- No es justo. Uno no puede hacer nada sin que nadie lo critique. Pero vaya... En este caso, es todo el pueblo.
- Anda, vamos a comer y ya verás como con la barriga llena ves las cosas de otra manera.

Sopa de picadillo, huevos fritos con ajos y dos tortillas de miga de pan del día anterior. No era domingo, pero lo parecía al ver el menú que tocaba hoy, una comida bastante generosa para como estaba el patio en aquellos años. El tema de conversación se desvió gracias a lo anunciado en la radio: un plan de economía que nos iba a traer la prosperidad a todos los españoles.

- ¿Prosperidad? Querrá decir pobreza, que es lo que hay en España. Pobreza y miseria.
- Calla, mujer, que nosotros vivimos muy bien. Que cada uno se las apañe como pueda –dijo con tono distendido y calmado–, además, deja esos pensamientos que nos pueden buscar un lío. Aquí vivimos bien y punto. Se acabó.

Después de un largo silencio que protagonizó la recogida de la mesa, ella, mientras lavaba los platos, se dirigió a él con cierto miedo, sabiendo que el tema era delicado.

- Mañana hay que preparar las cosas muy temprano, tenemos que estar en la iglesia a las siete.

- No, he ido a hablar con el cura antes de llegar a casa y he cambiado la hora. Será a las doce.

El silencio. Un silencio atronador, ruidoso, angustioso. Un silencio que avecinaba una revolución que los colocaría en el punto de mira de todo el pueblo, más, más si cupiera todavía.

Al salir del cementerio, la valentía que le produjo aquel encuentro con Encarna parece que quedó sepultada en uno de aquellos nichos que coloreaban el ambiente fúnebre. ¿Por qué la gente no lo acepta? Ya no es ni siquiera Encarna, es todo el pueblo. La quiero, joder, la quiero. ¿Qué pasa? ¿No la puedo querer? El calor apretaba con fuerza cuando volvió para casa, con ese asfixiante paso: corto y lento. Mirar el verde lo tranquilizaba, escuchar la cigarra también. Era su pueblo, lo amaba con todas sus fuerzas; sin embargo, lo odiaba. No cayera una de esas bombas nucleares que han caído en los chinos y no dejara a nadie aquí. En ocasiones sus pensamientos eran horribles; pero luego, que no ofendan la dignidad de su pueblo, porque lo defendía a capa y espada.

Caminaba, no quería llegar a su destino: su casa, la casa donde vivió desde que se independizó después de haberse casado con Maribel a los veinte años. Los recuerdos volvieron a él agolpados como un aluvión de metralla en las filas enemigas, haciendo el mismo daño: la primera vez que se presentó en su casa, el interrogatorio de su padre, la construcción de la casa, el horrible año en el que la siembra de ajos no dio casi dinero, el viaje a la playa en la parte trasera de un camión... Ya han pasado seis años desde que murió.

Pensar en cómo pasó su último mes de vida lo atormenta. Una enfermedad que la arrasó en breve tiempo, que la hizo adelgazar hasta consumirse. Estuvo a su lado en todo momento, sintió la avenida de la muerte y conversó con ella. Siempre creyó que sus últimas palabras fueron desde el cielo. Una sonrisa, un alivio, un hondo respiro que acabó con su vida y, luego, después de pensar haberla perdido, volvió para pintar en el aire sus últimas palabras. Como si de un esbozo se tratara, dijo: "Aquí estoy bien, sé feliz y lo seremos los dos siempre".

Aunque esperada, su muerte fue lo peor que le pasó en su vida. Supuso quedarse solo cuando ella siempre le prometió estar juntos, lo vio injusto, le pareció una traición. Fue tal que, de inmediato, quiso retirar todo objeto que le recordara a ella. Todo menos su alianza dorada que enmarcaba su dedo anular de la mano izquierda.

Lo primero que hizo fue sacar toda su ropa del pequeño armario de madera del dormitorio, con el único objetivo de eliminar el olor de su perfume. Más de la mitad del armario quedó huérfano, vacío. Sin embargo, aquella desnudez descubrió algo.

En la base izquierda del armario se encontró una pequeña caja de madera. Presto se agachó, la cogió y, de cuclillas, la miró para luego abrirla. En su tapa tenía una decoración floral de color dorado, no pudo distinguir qué era, porque el dibujo estaba muy desgastado, quizá por el tiempo. Una vez abierta pudo ver lo que contenía. Aun así, antes de examinarla con detenimiento, se levantó y retrocedió dos pasos para dejarse caer sobre la cama matrimonial del cuarto. Posó la caja sobre la superficie acolchada del lecho y comenzó a sacar pequeñas estampas de santos y beatos: San Francisco de Asís, fray Leopoldo de Alpanseque, etc. Una sensación de tristeza le invadió el alma. Ella era buena mujer, Señor, ¿por qué te la tuviste que llevar? Sus ojos comenzaron a humedecerse cuando, debajo de todo ese santoral, vio un sobre de color ocre que entraba a duras penas en la base de la caja. Lo abrió y se encontró de frente con Isabel y Fernando, que lideraban los billetes de mil pesetas con miradas inquisitivas. Había unos doce billetes, pero hizo caso omiso a su presencia debido al descubrimiento de un papel doblado en cuatro que también se encontraba en el interior del sobre. No sabía si estaba preparado para leer algún pensamiento o declaración de su difunta mujer, por lo que dejó todo encima de la cama, se dirigió a la cocina para echarse agua sobre la cara y, de esta forma, despejó las incipientes lágrimas que desprendían sus ojos. Poco le sirvió, rompió a llorar. La debilidad provocada por la tristeza que le inundaba lo obligó a desvanecerse poco a poco contra el mueble del fregadero hasta caer sentado y apoyado contra él. Allí lloró y lloró. Se desahogó. Lloró. Moqueó. Y volvió a llorar encerrado en sí mismo, hecho una crisálida de la que no quería salir. Soledad. Tristeza. Profunda tristeza.

Nunca supo el porqué, pero se desvió del camino que le llevaba a casa para dirigirse directamente a la sacristía. Tenía miedo de encontrarse a alguien que lo viera, estaba harto de ser el centro de atención de la mirada de un pueblo hambriento de sucesos que consideraban anormales; sin embargo, no se cruzó a nadie. Ayudó aquel calor y la hora que era. De todas formas, hizo el recorrido menos habitual para llegar, donde tenía que pasar andando por los límites de la acequia que corría justo detrás de la iglesia. Con los zapatos manchados de polvo y algún que otro rastro de barro, se presentó ante la puerta de la sacristía. Allí, antes de tocar, muerto de miedo, indeciso, volvió a pensar en todo y

a hablar consigo mismo. No puedo seguir escondiéndome, la gente ya lo sabe y me castiga por ello, no puedo dejarles ganar, no puedo, de perdidos al río y con todo. Aguanta, joder, aguanta. Él nunca lo supo, pero todos los sentimientos de huida que sentía eran realmente actos de continua valentía. Y así lo hizo. Tocó a la puerta y entró.

- Buenas tardes os dé Dios, don Félix.
- Buenas, hijo, me pillas de milagro, estaba a punto de irme que ya no son horas.
- Perdone, padre, pero es que le quería comentar una cosilla, si no es molestia.
- Sí, dígame, hijo, qué le ocurre.
- Es por lo de mañana, que nos gustaría cambiar la hora de la celebración para más tarde.
- ¿De la boda? Usted bien sabe lo que eso supondría.
- Sí, desgraciadamente lo sé, pero queremos tener una celebración como todas las demás.
- Ustedes dirán. A las doce puedo oficiarla. Lo tienen todo en regla, o sea que no hay ningún problema en cambiar de hora. Todo igual.
- Gracias, don Félix, espero que no le moleste todo esto, no es mi intención ofender a nadie.
- ¡No se preocupe! No hay nada que se oponga a este matrimonio, pero ya sabe, no está bien visto. Aun así, yo sin problema. Lo que sí le pediría es si usted puede dar algo en tributo a la iglesia por su excelsa labor, que lo dé.
- Tome, padre – le entregó cuatro mil pesetas con orgullo y agradecimiento por su trato, aliviado también por no haber recibido oposición o desdén a tal decisión.

Le costó encontrar el sueño. Sería la última noche que dormiría solo desde el fallecimiento de su mujer y eso no paraba de rondarle la cabeza. Daba vueltas y vueltas en la cama. No podía. Desistió y se levantó para ir a la cocina a beber un vaso de agua, el cual sostuvo apoyado con su cadera en la encimera, mirando al horizonte de la estancia, donde podía ver la infinita oscuridad que desprendía la pequeña despensa. Allí, con la cabeza llena de recuerdos, se terminó el vaso de agua y volvió a la habitación decidido a poder conciliar el sueño. Antes de tumbarse, se sentó y se quitó los patucos. No sé por qué me sigo poniendo estos patucos hasta en verano, joder, con el calor que meten, Dios. Se dejó caer sobre la cama y, antes de apagar la luz, la vio. Él creía haberla olvidado, pero no, allí seguía, siempre presente. Parecía que alguien la hubiera tocado, porque estaba sobresaliendo de la parte superior del armario. Yo no la dejé así. Se

volvió a levantar y, sin mucho esfuerzo debido a su estatura, la alcanzó. Allí estaba otra vez, delante de aquella caja que cerró hace seis años. Pensó en dejarla de nuevo en su sitio, pero no pudo. Nunca podía. Pasaron los minutos y allí seguía, observándola, hasta que decidió mover su mano derecha para acariciar la tapa superior de la caja. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, supo que ella seguía viva, la pudo sentir; sin embargo, y para su sorpresa, no lloró. Sintió que ella lo arropaba con sus brazos, sintió felicidad. Estaba con él.

*Veo que mi final está cerca. Me muero. El médico no da soluciones y no es capaz de encontrar la cura a esta enfermedad que me consume. No sabemos qué es.*

*La muerte es el acto más injusto que existe.*

*23 de agosto de 1953*

*Dios, yo creo en ti, te rezo todas las noches, pero no me das las fuerzas necesarias. No me gusta ver a mi marido así. Ha dejado de delinear el proyecto que le había encargado el cura para el coro de la iglesia. Yo no sé qué será de él cuando yo falte. Él necesita una mujer que le haga las faenas y que lo cuide, porque detrás de esa fachada esconde a una persona muy sensible. Cúidalo, Señor, por favor.*

*29 de agosto de 1953*

*Hoy me siento mucho mejor y quería anotarlo en este papel, aprovechando que dejé algunos pensamientos anteriormente. Hacer esto me desahoga y creo que me ayuda.*

*Agradezco haber aprendido a escribir. Pienso que es un privilegio poder hacerlo. Además, también me preocupo por la ortografía. Leer también me gusta. Ahora que me paso el tiempo en la cama, leo mucho. Estoy leyendo un libro que estaba en las cajas viejas que me traje de la casa de mis padres de Granada, se titula La Tribuna de Emilia Pardo Bazán Me resulta muy interesante ver la vida de una cigarrera. No sabía de esa labor. ¡Y pensar que los puros llevan tanto trabajo y sufrimiento! Y la pobre Amparo creer en las milongas revolucionarias... De todas formas, admiro su valentía. Ojalá poder vivir mil vidas y, en una de ellas, acompañar a Amparo en la Fábrica de Tabacos de la bonita ciudad de Marineda.*

*2 de septiembre de 1953*

*No escribo desde hace mucho tiempo, pero he pasado un mes muy fastidiada. Hoy lo hago por obligación para pedirle perdón por escrito a San Miguel, patrón del pueblo, por no poder ir a su procesión hoy. Protégenos de todo mal y protege a mi marido, que no sufra, por favor.*

*29 de septiembre de 1953*

*Me encuentro mucho mejor, sin embargo, hace tiempo que percibo no ser de este mundo. Moverme al armario para coger este papel me provoca demasiados dolores. Hoy, al estar mejor, he podido ir yo sola a la cocina para comer. He disfrutado mucho el poder compartir con mi marido la cena, sin ayuda y manteniendo una conversación normal. He visto a mi marido realmente guapo y no he podido parar de mirar a su sortija de casamiento en la mano izquierda. El símbolo de nuestra unión para siempre, más allá de la muerte.*

*Todo me ha llevado a tiempos mejores. Ha sido un lujo, no lo cambiaría por nada en el mundo. Allí, los dos juntos, cara a cara. Ojalá así toda la vida, viviendo en ese mismo instante.*

*5 de octubre de 1953*

Una boda era un gran acontecimiento para todo el pueblo, aunque no estuvieras invitado, daba igual, todo el mundo disfrutaba viendo a la novia enfilarse al altar mayor. ¿Para qué? Para criticar. Quieras o no, te pasaban revista, ya sea para bien o para mal. En todo el pueblo se sabía que la boda se iba a celebrar, pero desconocían la fecha exacta. Solo bastaba el tañer del campanario para atraer a las hordas de la desdicha.

Los ojos del pueblo fueron llamados por el repicar de las campanas.

El novio, de negro, siguió guardando un luto inusual. La novia, de blanco, pura. Quisieron tener una boda como todas, pero no pudieron, nunca se podía, era imposible; sin embargo, su acción ayudó a muchos otros y su sufrimiento, con el pasar de los años, se convertiría en normalidad para gente como ellos. Humillados en su presente, pero laureados en el futuro.

Los ojos del pueblo fueron llamados por el repicar de las campanas.

Abucheos, silbidos y algún que otro insulto. Desde las ventanas, desde los balcones, en la misma puerta de la iglesia. Todo lugar era bueno para ver el espectáculo y sumarse a



la fiesta del chivo. Esa fue la banda sonora, un lujo si no fuera por el significado tan desagradable que suponía.

Los ojos del pueblo fueron llamados por el repicar de las campanas.

Él, por viudo. Ella, por casarse con un viudo. El pueblo dictó sentencia. La Virgen de la Asunción, principal protagonista del retablo de la iglesia, presencié el acontecimiento público y, sin intervenir ante tal vejación, pareció ser cómplice de lo allí sucedido.

Los ojos del pueblo fueron llamados por el repicar de las campanas.

Ajenos a lo que ocurría, se juraron fidelidad y respeto. Imaginaron que no existía nadie. Estaban allí, ellos dos. Solo ellos dos.

Los ojos del pueblo fueron llamados por el repicar de las campanas.

Salieron de la iglesia y se lo encontraron, de frente, como un depredador esperando en la entrada de la madriguera de su víctima. Ruido, ruido, ruido. Un ruido desagradable. Un ruido que te rompe el alma y te desgaja por dentro. El ruido de un pueblo que quiere sangre, que disfruta con el mal ajeno, el éxtasis catártico de la exigua empatía y el egoísmo humano.

Los ojos del pueblo fueron llamados por el repicar de las campanas.

¡Qué me dejen con mi amor y mi sufrimiento! ¡Qué me dejen en paz!

Un grito. Una esperanza. Un futuro mejor.

Esta es la historia de un hombre que sufrió los complejos de una sociedad privada de libertad humana y natural. Un ejemplo de las pequeñas luchas que ha ido sumando la humanidad y que injustamente caen en el olvido. Sin embargo, podríamos relatar esta historia centrándonos en multitud de personajes. Aquí se refleja lo que en testimonios y documentos históricos se ha podido recopilar. Pero, ¿y Carmen? Mujer a la que se obvia por completo. Mujer que olvida la historia, otra más. Nadie ha preguntado cómo se encontraba Carmen en aquella relación. No tenemos testimonios estrictamente directos y cercanos acerca de su bienestar. Solo los recuerdos difusos de la poca gente que queda de su época.

Lo que se sabe de ella es que fue contratada como criada un año después de la muerte de Maribel y que, ante todo pronóstico y de forma repentina, decidieron casarse. Nunca se llegó a saber si Carmen estaba cómoda en la relación, si era de su agrado estar con alguien tan mayor y, además, viudo. Lo único que sabemos es que a Carmen se la veía feliz y que sus familiares apoyaron desde el primer momento aquella unión que

supondría un futuro mejor para todos. Todo indica, a simple vista, que estuvo bien. Pero, en ocasiones, no todo es tan fácil como aparenta. Ruego, como humilde transmisor de esta historia, que se investigue por la vida de Carmen y podamos dejar por escrito los acontecimientos que siguieron.